



EL OBISPO DE VITORIA
MONSEÑOR JUAN CARLOS ELIZALDE

«**HOMILIA DEL JUEVES SANTO 2022**»

Queridos hermanos,

Comenzamos el Triduo Pascual en este día de Jueves Santo. Agradecemos la Eucaristía, el Sacerdocio y el Amor Fraternal. Desde el Cenáculo nos identificamos con Cristo que ardientemente quiere celebrar la Pascua con nosotros y adelanta su entrega: "Este es mi Cuerpo que se entrega por vosotros; Esta es mi sangre que se derrama por vosotros". Ofrecemos la Eucaristía por nuestros hermanos masacrados en Ucrania, por sus agresores y por los 30 conflictos armados en el mundo.

Hay unos verbos eucarísticos que expresan muy bien el contenido de su entrega y que nos configuran porque la Eucaristía nos genera y construye.

1.-"TOMAD Y COMED TODOS DE ÉL". Mateo 26,27

Hoy no recordamos nostálgicamente la Cena del Señor en el Cenáculo. La celebramos. No es el Cristo del Cenáculo, sino el Resucitado, el que "murió y ahora vive para siempre". Cf. Apocalipsis 1,18. Es el Cristo total, Cabeza y Cuerpo inseparablemente unidos.

Dice San Agustín que la Iglesia "en lo que ofrece, Ella misma se ofrece." De la Ciudad de Dios 10,6. "La celebración eucarística es acción no sólo de Cristo, sino de la Iglesia. Cristo se ofrece al Padre por la salvación del mundo. Y la Iglesia, su esposa, lo ofrece al Padre y juntamente, se ofrece ella misma con Él." Eucharisticum mysterium 3.

La Iglesia en la Eucaristía es oferente y ofrenda al mismo tiempo y en cada uno de sus miembros. Nos ofrecemos con Jesús que se ofrece.

Hay una doble epiclesis en cada Eucaristía. El Espíritu Santo transforma el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre del Señor. Y a nosotros, Iglesia y comunidad, pedimos "que nos transforme en ofrenda permanente". Henri de Lubac dirá que "la Eucaristía hace la Iglesia y la Iglesia hace la Eucaristía". Somos pan que no quiere ahorrarse, que se ofrece a los hermanos. La Eucaristía es un sacramento y una manera de vivir, de desvivirse.

Con San Pablo podemos decir todos: "Completo en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia". Colosenses 1,24.

A la Pasión de Cristo, ¿le falta algo?

Le permitimos hoy al Señor actualizar su entrega encarnada en nosotros. Porque históricamente Él fue hombre, no mujer, fue joven y no anciano, israelita y no centroeuropeo. En nuestra entrega eucarística, el Señor vive la experiencia de la mujer, del anciano o de cualquier ciudadano del mundo. Le permitimos completar sus padecimientos porque como dice San Juan de Ávila: "Más amó que padeció."

2.- "ÉSTO ES MI CUERPO, ÉSTA ES MI SANGRE." Marcos 14,22-24

La mentalidad judía y bíblica del tiempo de Jesús entendía por 'cuerpo' algo más que músculos y huesos. Se trataba de toda la vida de la persona en su condición corporal y mortal. Por tanto, cuando Jesús entrega su cuerpo, está entregando su tiempo, salud, energía, corazón, afecto y mensaje. "Esto es mi Cuerpo".

Y por 'sangre', se entiende algo más que lo que fluye por venas y arterias. Si para el judío la sangre es la sede de la vida, aquí el derramamiento de la sangre es equivalente a la muerte. Cuando Jesús entrega su sangre derramada, está haciendo la entrega de su vida hasta la muerte, pero también de todo lo que nos lleva a la muerte y nos mortifica: humillaciones, fracasos, enfermedades y todas las realidades que amenazan y limitan la vida.

San Ignacio de Antioquía, yendo a Roma para sufrir el martirio, escribía: "Yo soy trigo de Cristo molido por los dientes de las fieras para transformarme en pan puro para el Señor". ¿Quiénes son las fieras que nos muelen? Las críticas, las oposiciones, las zancadillas y las dificultades en la relación. Hoy hay que agradecer a los hermanos que nos mortifican, porque nos dan la

posibilidad de configurarnos con el Señor. Por eso San Ignacio decía también: "Aquellos que me adulan, me flagelan". Vamos, que no nos ayudan.

"Esto es mi Cuerpo, esta es mi Sangre". Sólo los sacerdotes podremos pronunciar en voz alta, *in persona Christi*, estas palabras. Admirable audacia de Dios.

Pero todos, cada uno según su vocación y circunstancia, las puede repetir en su corazón. "Esto es mi Cuerpo, esta es mi Sangre". Pueden repetirlo los padres y madres. Su vida literalmente desmenuzada en pequeñas ofrendas y trabajos extenuantes dentro y fuera de casa: "Esto es mi Cuerpo, esta es mi Sangre". Lo repiten religiosas y religiosos, dispersos en mil servicios heroicos también y sobre todo en estos días, en su entrega a ancianos, niños, familias o a la humanidad entera en plegaria incesante: "Esto es mi Cuerpo, esta es mi Sangre".

Les ayuda mucho también a los jóvenes repetir en cada eucaristía: "Esto es mi Cuerpo, esta es mi Sangre". Decía el Padre Cantalamessa: "El mundo, ¿qué quiere de los jóvenes? ¡Su cuerpo, sólo su cuerpo y mientras es joven!"

Los jóvenes de la Delegación de Juventud de Vitoria se unen, como todos los años a estos Oficios litúrgicos, esta vez en una Pascua digital. Su lema: Por ti. Le gente necesita vuestro testimonio. Qué podáis decir en verdad y con Jesús: "Esto es mi Cuerpo, esta es mi Sangre".

3.- LOS VERBOS SOBRE EL PAN.

"El Señor tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio". Es el relato de la Institución de la Eucaristía en aquel Jueves Santo. La misma expresión aparece en la prefiguración de la Eucaristía en el milagro de la Multiplicación de los panes: "El Señor tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio". Y vuelve a aparecer en el encuentro de los Dos de Emaús cuando reconocieron a Cristo Resucitado en la Fracción del Pan: "El Señor tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dió".

Un teólogo de nuestro tiempo ha llegado a afirmar que ser cristiano es ser tomado, bendecido, partido y repartido. En este Jueves Santo se puede iluminar nuestra identidad. Podemos recorrer nuestra propia historia de salvación a través de estos mismos verbos:

TÚ HAS SIDO TOMADO, TÚ HAS SIDO TOMADA.

El Señor te ha elegido, te ha tomado, te ha escogido, te ha llamado a la existencia. No eres producto de una ciega casualidad sino elección

consciente del Señor. Como el Señor tomó aquel pan, también eligió a aquellos discípulos y apóstoles y antes escogió a aquel pueblo. En los 12 elegía a todo Israel y en Israel elegía a todos los pueblos. Es una elección no excluyente sino incluyente, para servir a todos, para llegar a todos.

TÚ HAS SIDO BENDECIDO, TÚ HAS SIDO BENDECIDA.

Tomados y bendecidos. Todos somos portadores de una cadena de bendiciones en este Jueves Santo. La bendición de la fraternidad: "Amaos unos a otros como yo os he amado". La bendición del perdón: Allí donde estamos más sucios, allí el Señor se arrodilla y reduplica su amor como en el Lavatorio. La bendición de la Eucaristía: Tomad y comed, tomad y bebed. La bendición del sacerdocio: Haced esto en conmemoración mía. Bendecidos nos convertimos en bendición.

TÚ HAS SIDO PARTIDO, TÚ HAS SIDO PARTIDA.

Tomados, bendecidos y partidos. Todos estamos un poco partidos, un poco rotos. A todos nos llega el conflicto, la ruptura y el dolor. La ruptura a la sombra de la cruz, a la sombra de la bendición. No cualquier manera de sufrir vale. A veces sufrir mal, malea, endurece, amarga y envenena. Jesús necesitó a su Madre al pie de la cruz, era el signo más visible de que era el Hijo muy amado.

Él mismo es el pan. Partiendo el pan, Jesús se "partía" a sí mismo. Se entregaba al Padre y a los hermanos venciendo cualquier resistencia: "He aquí Padre que vengo a hacer tu voluntad". Hebreos 10,7. Jesús recoge toda nuestra resistencia humana a la voluntad de Dios para servir a los hermanos y arrastra nuestra voluntad rebelde hacia la colaboración con el Padre y los hermanos: "No se haga mi voluntad sino la tuya" Lucas 22,42.

Lo que Jesús da a comer a sus discípulos es el pan de su obediencia y de su amor al Padre y a los hermanos. Comulgar, entrar en comunión con Jesús, es "partirme" a mí mismo, deponer cualquier rigidez ante Dios y ante los hermanos, partir mi orgullo, doblegarme y decir sí ante lo que el Padre y los hermanos me piden con verdad.

Partir el pan es entregar mis resistencias y rendirme, suplicar al Señor mi rendición. Aceptar al enemigo, al hermano incompatible, esta sensibilidad eclesial que no comparto o, simplemente, mis propios límites. Abandonarme al Señor y a los hermanos.

Partirse para repartirse, para que llegue a todos, para que nadie se quede sin Él.

TÚ HAS REPARTIDO, TÚ HAS SIDO REPARTIDA.

Tomados, bendecidos, partidos y repartidos. La Eucaristía siempre termina en misión, en envío. El lugar del Jueves Santo, el Cenáculo, es también el lugar de la Resurrección, el lugar de Pentecostés y del envío. “Id por todo el mundo y predicad el Evangelio”. La comunidad que nace de la Eucaristía es enviada hasta los confines de la tierra. Es la Iglesia en salida hacia las periferias más pobres.

Participar en la celebración de La Cena del Señor nos introduce en el Misterio Pascual que renueva nuestra existencia hasta unos límites insospechados. Ardientemente desea el Señor celebrar esta Pascua con nosotros. Que podamos descubrir que hemos sido tomados, bendecidos, partidos y repartidos.

4.- LOS VERBOS SOBRE EL VINO.

¿Podéis beber este cáliz? Mt. 20,22. Jesús pregunta directamente a los Zebedeo: “¿Podéis beber la copa de amargura que yo he de beber?”. Es decir, ¿podéis sostener la copa de la vida en vuestras manos? Esto exige, a juicio de Henry Nouwen, tres cosas: mantenerla firmemente, levantarla y beberla.

- Tomar la copa. No basta con vivir la vida. Debemos saber lo que estamos viviendo. Una vida sobre la que no reflexionamos no vale la pena ser vivida. Mantener firmemente la copa es vivir nuestra propia vida, no la de otros, con sus gozos y sus sufrimientos. Como Jesús.

- Levantar la copa. Esto es sinónimo de compartir nuestra vida para celebrarla. En este momento juega un papel esencial la comunidad, es decir, esa asociación de personas sin importancia que juntas hacen a Dios visible en el mundo. Porque elevar la copa es ofrecer una bendición. Y normalmente, en comunidad, quien nos revela que nuestra copa es una copa de bendición es el más pequeño entre nosotros. Celebrar la vida es levantarla, hacerla visible a los demás, afirmarla en su concreción real y dar gracias por ella. Brindar con Jesús y con los hermanos es convenirnos con ellos.

- Beber la copa. Tragar, pasar por donde Él pasó y pasa. Este gesto nos hace dueños de lo que estamos viviendo. Es hacer nuestra e interiorizar plenamente nuestra existencia única, con todas sus penas y sus gozos. Es una manera de vivir con esperanza, con coraje y con confianza en nosotros mismos. La verdadera santidad consiste precisamente en esto: en apurar tu

propia copa y en ser fuente de esperanza y de confianza para los demás; en vaciar la copa del dolor y del gozo para que Dios pueda llenarla de vida pura. Por eso, debemos beber la copa desde el silencio, pues en él nos enfrentamos a nuestro verdadero ser; con la ayuda de la Palabra, pues no podemos vivir una vida espiritual en secreto, sin los demás; y desde la acción, pues solo así podremos apurar hasta el final la copa, dándonos a los otros. Lo que Dios nos llama a hacer podemos hacerlo y hacerlo bien.

¿Podemos beber la copa? Los Zebedeo contestaron acertadamente: sí. Pero, ¡jojo!, beber la copa no es un acto heroico que conlleve al final una maravillosa recompensa. Beber la copa que bebió Jesús es vivir una vida en el espíritu de Jesús, que es el espíritu de un amor incondicional. Es configurarnos con Él. Pero no nos engañemos. Solo podremos apurarla con la fuerza del Espíritu. El Espíritu Santo nos guiará y nos dará la fuerza y el coraje para seguir diciendo sí a la gran pregunta que Jesús nos plantea, teniendo plena conciencia de que cuando bebemos la copa que bebió Jesús, también estamos bebiendo nuestra propia copa, y viceversa.

Que Santa María, la Virgen Blanca, Nuestra Señora de Estíbaliz, San Prudencio y el Beato Pedro de Asúa intercedan por nosotros y por nuestra Diócesis.

+ Juan Carlos Elizalde
Obispo de Vitoria

En Vitoria-Gasteiz, Jueves Santo, 14 de abril de 2022.